

PEDAGOGÍA IGNACIANA Y EDUCACIÓN POPULAR



Antonio Pérez Esclarín

Centro Virtual de
Pedagogía Ignaciana
Octubre de 2024

Tabla de contenido

Introducción	2
1. La Pedagogía Ignaciana.....	4
1.1. Características y Planteamiento Práctico	4
1.2. Una Tradición Viva en el siglo 21	9
1.3. La Pedagogía Ignaciana: de Pedro Arrupe a Arturo Sosa.....	10
2. La Educación Popular.....	17
2.1. Educación para la transformación social.....	17
2.2. Vigencia de la Educación Popular y principios esenciales.....	24
2.3. Fe y Alegría como un Movimiento de Educación Popular.....	27
2.4. La Educación Popular de Fe y Alegría como propuesta ética, política, pedagógica, epistemológica y espiritual.....	30
2.5. Dimensión espiritual de la Educación Popular de Fe y Alegría.....	32
3. Para un diálogo fructífero y enriquecedor entre la Pedagogía Ignaciana y la Educación Popular: énfasis, coincidencias y posibles diferencias.....	34
3.1. Opción preferencial por los pobres versus opción absoluta.....	35
3.2. Énfasis y ausencia de la dimensión política y opción por la pedagogía crítica.....	36
3.3. Contexto escolar y contexto social.....	36



"En todo amar y servir"
San Ignacio de Loyola

PEDAGOGÍA IGNACIANA Y EDUCACIÓN POPULAR

Por: Antonio Pérez Esclarín¹

Octubre 2024

INTRODUCCIÓN

Desde hace algún tiempo, vengo observando que en Fe y Alegría se va introduciendo la propuesta de la Pedagogía Ignaciana sin la necesaria lectura desde la Educación Popular que define nuestra identidad. Su introducción ¿va acompañada de una profundización de la Educación Popular o se pretende indicar que la formación en Pedagogía Ignaciana puede sustituir la reflexión y formación en Educación Popular pues buscan lo mismo? ¿Los nuevos directores que llegan a Fe y Alegría, posiblemente bien formados en los principios de la Pedagogía Ignaciana que trabajaron en los colegios u obras de donde vienen, tienen también un conocimiento profundo de la Educación Popular? ¿Qué quiso decir el P. Peter Hans Kolvenbach cuando, como General de la Compañía de Jesús, declaró que “toda educación de la Compañía debería ser en cierto modo ‘popular’, en el sentido de que la promoción de la justicia y la dimensión de los pobres y de los excluidos debe estar presente en toda propuesta educativa? Y luego aclaró que “en lugar de considerar la promoción de la justicia en nombre del Evangelio como una amenaza para el sector educativo, esta prioridad apostólica, que hemos recibido de la Iglesia, debemos considerarla como un compromiso que nos obliga a reevaluar nuestros colegios y universidades, nuestras prioridades en la enseñanza, nuestros programas, nuestros esfuerzos de investigación, para ser más efectivos”.

Muy en coherencia con estas ideas, su sucesor como General de la Compañía, el P. Adolfo Nicolás, refiriéndose a Fe y Alegría, señaló: “Me alegra mucho constatar que Fe y Alegría ha recuperado la intuición original de Ignacio, adaptándola a la situación actual con gran creatividad”. Y formuló el deseo de que “Fe y Alegría se conciba a sí misma y sea percibida por la sociedad como experta en la opción de educación de los pobres y su promoción social”.

A su vez, el actual P. General de la Compañía, Arturo Sosa, dirigiéndose a Fe y Alegría en su 47º Congreso Internacional, en 2018, y desde ahí a todo el sector educativo jesuita, alentó a “garantizar que cada persona en el mundo pueda disfrutar de una educación que le ayude a superar las consecuencias de la pobreza estructural. En la sociedad del conocimiento, el bloqueo al acceso a una educación de calidad se vuelve

¹ (pesclarin@gmail.com) [@antonioperezclarin](https://www.instagram.com/antonioperezclarin) www.antonioperezclarin.com

más grave, ya que perpetúa la pobreza, limita el crecimiento de las personas e impide su contribución para transformar la realidad y al mismo tiempo superar las injusticias”. En ese mismo Congreso, y tras afirmar la necesidad de que todas las obras de la Compañía trabajen en red para potenciar su potencialidad transformadora, le pidió a Fe y Alegría: “Ojalá que la educación popular ayude a todas las obras educativas a formar personas conscientes, compasivas, competentes y comprometidas con la construcción de un mundo nuevo”.

Pero ¿es esto posible? ¿Es cierto que sus objetivos son los mismos? ¿Cómo compaginar la Educación Popular que es un movimiento eminentemente latinoamericano, enraizado en la pedagogía liberadora de Freire que las conferencias episcopales de Medellín y Puebla hicieron suyas, con la Pedagogía Ignaciana que es una propuesta para la Compañía en todos los continentes y para todas las obras?

Para responder estas y otras muchas preguntas y avanzar en una articulación más fecunda, ¿no es necesario un diálogo desprejuiciado y profundo que enriquezca ambas propuestas y nos ayude a todos a concretar en prácticas coherentes lo que proclamamos y queremos?

La insistencia de los últimos Padres Generales en la necesidad de que las obras educativas de la Compañía trabajen en red, ya que sólo si pensamos y actuamos de modo conjunto y coordinado, acogiendo e integrando la riqueza de nuestras diversidades locales, podremos, gracias a la red, enfrentar desafíos globales que afectan nuestras condiciones locales, ¿acaso no implica que debemos crear espacios, no sólo para conocer lo que hacen los demás, sino para reflexionar juntos, con humildad y sin prejuicios, y así enriquecer nuestras propuestas en el horizonte de que sean cada vez más coherentes con la espiritualidad ignaciana que nos invita a ser compañeros de Jesús en su misión de construir aquí el Reino, es decir, una sociedad más justa y fraternal?

La intención de este escrito es promover dicho diálogo, que estoy seguro puede enriquecer ambas propuestas, articularnos y ayudarnos a responder mejor a nuestros objetivos. Al mismo tiempo, tal vez ayude a algunos a comprender y asumir los principios esenciales de ambas propuestas, que en estos tiempos en los que es tan necesaria la formación-transformación permanente, quizás se estén proponiendo sin el debido conocimiento. Por ello, me limitaré en primer lugar a exponer brevemente los elementos esenciales de cada propuesta, que pueden poner los cimientos para ese diálogo fecundo y enriquecedor del que sólo intentaré bosquejar algunas coincidencias y diferencias.

1. LA PEDAGOGÍA IGNACIANA

1.1. Características y Planteamiento Práctico

En 1986, la Comisión Internacional del Apostolado Educativo de la Compañía de Jesús (ICAJE) publicó el documento “Características de la Educación de la Compañía de Jesús”. En la carta de presentación, el P. Kolvenbach afirmaba que “este documento puede darnos a todos una visión común y un común sentido de nuestra finalidad”. Esta finalidad es “la persona armónicamente formada, que es intelectualmente competente, abierta al crecimiento, persona religiosa, movida por el amor y comprometida a realizar la justicia en un servicio generoso al Pueblo de Dios”.

El documento fue recibido con gran entusiasmo en los colegios, pues brindaba un sentido de unidad y de tarea común que, en definitiva, reemplazaba la *Ratio Studiorum* de 1599. El documento, traducido a 13 lenguas, se convirtió en el tema central de seminarios, talleres, reuniones y estudio. En general, las reacciones fueron muy positivas.

Pero pronto surgió una pregunta que fue compartida por muchos en todo el mundo, y que es la pregunta que debemos hacernos todos continuamente: ¿Cómo podemos aterrizar en propuestas concretas esas 28 Características o principios que resultan muy iluminadores, pero no indican cómo llevarlos a la práctica? ¿Cómo se pueden incorporar los ideales ignacianos a una pedagogía práctica que promueva la interacción diaria de la clase entre profesores y alumnos?

Esta pregunta sigue teniendo una gran actualidad y validez en nuestros días, pues nos obliga a aterrizar, en nuestro modo de proceder, las propuestas humanistas y evangelizadoras que proclamamos, pero que no siempre practicamos y que, incluso, pueden ir en una dirección opuesta.

El Consejo Internacional de la Educación de la Compañía (ICAJE) trabajó durante más de tres años para dar una respuesta a estas preguntas. Con la ayuda de aportes y sugerencias de educadores laicos y jesuitas de todo el mundo, se redactaron siete borradores de lo que se conocería como el Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI). Pero ya desde el principio los autores estaban convencidos de que un documento no podría por sí mismo ayudar a los profesores a realizar las adaptaciones que la educación ignaciana exigía respecto al enfoque pedagógico y los métodos de enseñanza. Por ello, los miembros del Consejo Internacional insistían en la necesidad de iniciar programas de formación del profesorado en cada Provincia y en cada centro, formación que

suponía un desaprendizaje de rutinas y prácticas habituales y un reaprendizaje que les capacitara para incorporar a su enseñanza los nuevos principios y métodos

El 31 de julio de 1993, con carta introductoria del P. Kolvenbach, se publicó “Pedagogía Ignaciana: un Planteamiento Práctico”, popularmente conocido como el PPI (Paradigma Pedagógico Ignaciano). En este nuevo documento se formulan “algunos aspectos de esta pedagogía que sirvan de introducción a una estrategia práctica sobre la enseñanza. El Paradigma Pedagógico Ignaciano que aquí se propone nos ayudará a unificar y concretar muchos de los principios enunciados en las Características de la educación de la Compañía de Jesús”.

El documento presenta el PPI como el camino para lograr la formación integral o excelencia humana que el P. Pedro Arrupe, en el Discurso a los ExAlumnos de la Compañía en Valencia España, sintetizó magistralmente en la frase “hacerse persona para los demás, a ejemplo de Cristo la verdadera persona para los demás”. A su vez, el P. Kolvenbach describió al alumno que esperamos salga de nuestros centros como una persona «equilibrada, intelectualmente competente, abierta al crecimiento, religioso, compasivo y comprometido con la justicia en el servicio generoso al pueblo de Dios». Y en otra oportunidad afirmaría el objetivo de la educación jesuitas diciendo: «pretendemos formar líderes en el servicio y en la imitación de Cristo Jesús, hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión», fórmula muy aceptada y valorada en los centros de la Compañía, que se conocería como del 4 Cs. Nuestra educación, cuando realmente consigue su objetivo, conduce en definitiva a una transformación radical, no sólo de la forma ordinaria de pensar y actuar, sino de la misma forma de entender la vida, como hombres y mujeres competentes, conscientes y compasivos, que buscan el «mayor bien» a través del compromiso con la fe y la justicia, para mejorar la calidad de vida de los hombres, especialmente de los pobres de Dios, los oprimidos y abandonados

En este sentido, el PPI presenta el cómo, la manera de lograr este propósito. Para ello el documento propone 5 dimensiones o elementos que deben tomarse en cuenta en el proceso de enseñanza- aprendizaje: contexto, experiencia, reflexión, acción y evaluación. La manera como estas dimensiones se hacen presentes en el proceso puede variar. El PPI no propone una secuencia invariable, sino unas dimensiones que el educador de una obra educativa de la Compañía debe siempre incluir para promover un verdadero proceso de crecimiento y transformación integral de la persona: tener en cuenta **el contexto** en que se realiza el aprendizaje, es decir, el contexto de los estudiantes y el contexto más amplio donde se educan. El tomar en cuenta este contexto hace parte de la *cura personalis*, es decir, del cuidado, atención y respeto por

cada uno de los estudiantes como ser único en comunidad. El contexto permite crear las condiciones para una verdadera **experiencia** donde, a través de una actividad, se desata un proceso cognitivo y afectivo que genera un nuevo conocimiento. Sin embargo, el aprendizaje no termina allí. Esta experiencia debe ir acompañada de la **reflexión** que ayuda al aprendiz a profundizar en la experiencia tenida y así llegar a un nivel de aprendizaje más profundo y crítico. Pero “la reflexión de la pedagogía ignaciana sería un proceso truncado si terminase en la comprensión y en las reacciones afectivas. La reflexión ignaciana comienza precisamente con la realidad de la experiencia y termina necesariamente con esa misma realidad para actuar sobre ella... La reflexión solo hace crecer y madurar cuando promueve **la decisión y el compromiso**”. Así el PPI quiere que el proceso educativo lleve a **una acción** como crecimiento humano basado en una experiencia reflexionada que transforma al estudiante y su entorno. Por supuesto, todo proceso educativo debe siempre ir acompañado de una **evaluación permanente** que retroalimenta el proceso, que hace que este se pueda mejorar y que se puedan detectar áreas necesarias de mejora. En este sentido la evaluación no es sólo académica sino **integral** pues debe estar orientada a la excelencia humana.

Dado que el PPI es un estilo pedagógico que nace y se nutre de la visión espiritual de Ignacio de Loyola expresada en los Ejercicios Espirituales, pienso que puede resultar interesante y esclarecedor desarrollarlo un poco más:

El contexto de aprendizaje

Ignacio, antes de comenzar el acompañamiento de alguna persona en los Ejercicios Espirituales, deseaba conocer siempre sus predisposiciones hacia la oración y hacia Dios. Y basado en este conocimiento previo, Ignacio se hacía una idea de su aptitud para comenzar la experiencia y de si la persona podía sacar provecho de los Ejercicios completos o sería preferible una experiencia abreviada.

De la misma manera, la atención personal y la preocupación por el individuo, que es un distintivo de la educación jesuítica, requiere que el profesor conozca todo lo posible y conveniente de la vida del alumno. Y como la experiencia humana, punto de partida de la pedagogía ignaciana, nunca ocurre en el vacío, debemos conocer todo lo que podamos del contexto concreto en el que tiene lugar el enseñar y el aprender: mundo del estudiante, incluyendo las formas en las que la familia, amigos, compañeros, la subcultura juvenil y sus costumbres, así como las presiones sociales, la vida escolar, la política, la economía, la religión, los medios de comunicación, el arte, la música, y otras realidades, están impactando ese mundo y afectan al estudiante para bien o para mal.

Como ideal, los colegios de la Compañía han de ser lugares donde cada uno se sienta comprendido, considerado y atendido; donde los talentos naturales y la capacidad creativa de las personas sean reconocidos y alabados; donde a todos se les trate con justicia y equidad; donde sea normal el sacrificio en favor de los económicamente pobres, los marginados sociales, y los menos dotados intelectualmente; donde cada uno encuentre el reto, el ánimo y la ayuda necesaria para desarrollar al máximo sus potencialidades individuales; donde todos se ayudan y trabajan juntos con entusiasmo y generosidad.

La Experiencia

Para Ignacio significaba «gustar de las cosas internamente». En primer lugar, esto requiere conocer hechos, conceptos y principios. Sólo con una exacta comprensión de lo que se está considerando se puede llegar a una valoración acertada de su significado. Pero la experiencia ignaciana va más allá de la comprensión puramente intelectual. Ignacio exige que «todo el hombre», —mente, corazón y voluntad—, se implique en la experiencia educativa. Anima a utilizar tanto la experiencia, la imaginación y los sentimientos, como el entendimiento. Las dimensiones afectivas del ser humano han de quedar tan implicadas como las cognitivas, porque si el sentimiento interno no se une al conocimiento intelectual, el aprendizaje no moverá a una persona a la acción. Por ejemplo, una cosa es saber que Dios es Padre. Pero para que esta verdad sea vida y llegue a ser efectiva, Ignacio nos hará sentir la ternura con la que el Padre de Jesús nos ama y cuida de nosotros, perdonándonos. Y esa experiencia más profunda puede hacernos caer en la cuenta de que Dios comparte su amor con todos los hermanos y hermanas de la gran familia humana. En lo profundo de nuestro ser podremos sentirnos impulsados a preocuparnos de los demás, —de sus alegrías y sus penas, sus esperanzas, sus pruebas, de su pobreza y la injusticia que padecen— y a querer hacer algo por ellos. Aquí están implicados el corazón y la cabeza, la persona en su totalidad.

La reflexión

A lo largo de su vida Ignacio se dio cuenta de que él estuvo constantemente sometido a diferentes tendencias y sugerencias, alternativas contradictorias casi siempre. Su mayor esfuerzo fue tratar de descubrir lo que le movía en cada situación: el impulso que le conducía al bien o el que le inclinaba al mal; el deseo de servir a otros o la preocupación por su propia afirmación egoísta. Así se convirtió en el maestro del discernimiento, y continúa siéndolo hoy, porque logró distinguir esa diferencia. Para Ignacio «discernir» era clarificar su motivación interna, las razones que estaban detrás de sus opiniones, poner en cuestión las causas e implicaciones de lo que experimentaba,

sopesar las posibles opciones y valorarlas a la luz de sus probables consecuencias, para lograr el objetivo pretendido: ser una persona libre que busca, encuentra y lleva a cabo la voluntad de Dios en cada situación.

La reflexión es un proceso formativo y liberador. Es también la dinámica esencial para superar la memorización. Forma la conciencia de los alumnos (sus creencias, valores, actitudes y su misma forma de pensar) de tal manera que les impulsa a ir más allá del puro conocer y pasar a la acción.

La acción

La reflexión de la pedagogía ignaciana sería un proceso truncado si terminase en la comprensión y en las reacciones afectivas. La reflexión ignaciana comienza precisamente con la realidad de la experiencia y termina necesariamente en esa misma realidad para actuar sobre ella. La reflexión sólo hace crecer y madurar cuando promueve la decisión y el compromiso.

Para Ignacio la prueba más dura del amor es lo que uno hace, no lo que dice. «El amor se demuestra con los hechos, no con las palabras». El impulso de los Ejercicios Espirituales permitía precisamente al ejercitante conocer la voluntad de Dios, para llevarla a cabo libremente. Por eso, Ignacio y los primeros jesuitas estaban también muy preocupados por la formación de las actitudes de los alumnos, los valores e ideales según los cuales iban a tomar decisiones en una gran variedad de situaciones en las que tendrían que actuar. Ignacio quería formar en los colegios de la Compañía jóvenes que pudieran contribuir inteligente y eficazmente al bienestar de la sociedad.

La evaluación

Si bien es necesario evaluar el progreso académico de los alumnos para incorporar los cambios didácticos necesarios y poder estimular y aconsejar personalmente a cada uno, la pedagogía ignaciana contempla también la evaluación formativa para conocer el progreso de los alumnos en sus actitudes, prioridades y acciones, de acuerdo con el objetivo de ser una «persona para los demás». Existen muchas formas de evaluar el proceso de madurez humana. Hay que tener en cuenta todo: la edad, el talento y el nivel de desarrollo de cada alumno. En este sentido, las relaciones de respeto y confianza mutua, que siempre deberían existir entre profesor y alumno, son las que crean un clima propicio para dialogar sobre la madurez. Hay métodos pedagógicos adecuados para ello, como el diálogo personal, la revisión de los diarios de los estudiantes, la autoevaluación de los propios alumnos en los diversos campos del crecimiento, así como la revisión de las actividades de tiempo libre y el servicio voluntario a los demás.

En conclusión, la pedagogía básica de Ignacio puede ayudar mucho a ganar las mentes y los corazones de las nuevas generaciones, porque se centra en la formación de toda la persona, corazón, inteligencia y voluntad, no sólo en el entendimiento; desafía a los alumnos a discernir el sentido de lo que estudian por medio de la reflexión, en lugar de una memorización rutinaria; anima a adaptarse, y eso exige una apertura al crecimiento en todos. Exige respetar las capacidades de los alumnos en los diferentes niveles de su desarrollo y que todo el proceso esté dinamizado por un ambiente escolar de consideración, respeto y confianza, donde la persona pueda enfrentarse con toda honradez a la decisión, a veces dolorosa, de ser hombre/mujer con y para los demás.

Dado que los pedagogos jesuitas vienen advirtiendo que, dados los acelerados cambios que están ocurriendo en el mundo y también en la pedagogía, el estilo pedagógico del PPI se puede y necesita combinarse con otras pedagogías para lograr el objetivo de ayudar en la educación integral de los estudiantes, cobra más fuerza mi propuesta de la necesidad de diálogo entre la Pedagogía Ignaciana y la Educación Popular.

1.2. Una Tradición Viva en el siglo 21

Este documento, uno de los más recientes de la pedagogía ignaciana, publicado en 2019, se pregunta si sigue vigente el PPI que fue publicado hace 35 años, tiempo en los que el arte y ciencia de la pedagogía ha evolucionado enormemente y hoy sabemos mucho más de cómo se pueden crear mejores condiciones de aprendizaje y desarrollar una mejor enseñanza. Citan, entre otros, los avances en los estudios del cerebro con la neuro didáctica, las nuevas tecnologías del aprendizaje, la inteligencia artificial, la internet y muchos otros avances que posibilitan propuestas pedagógicas nuevas.

La respuesta a la pregunta si sigue siendo el PPI relevante para nuestros colegios es un rotundo sí, pero sólo si lo entendemos en su sentido verdadero. Si se entiende como pasos, plantilla o metodología tiene poco que ofrecer hoy ante metodologías mucho más potentes. El PPI se convierte en una herramienta fundamental en compañía de los otros dos documentos, Características y Tradición Viva. En palabras del P. Arturo Sosa: “Una Tradición Viva no sustituye los documentos anteriores (Características y PPI), sino que los complementa y actualiza como un ejercicio continuo de discernimiento. Los tres deben tomarse juntos como el marco contemporáneo de la educación jesuita”.

Una Traición Viva señala 10 identificadores globales de los colegios de los jesuitas:

1. Los colegios jesuitas están comprometidos a ser católicos y ofrecer formación profunda en la fe en diálogo con otras religiones y visiones del mundo.
2. Los colegios jesuitas están comprometidos a crear un ambiente seguro y saludable para todos.
3. Los colegios jesuitas están comprometidos con la ciudadanía global.
4. Los colegios jesuitas están comprometidos con el cuidado de la creación.
5. Los colegios jesuitas están comprometidos con la justicia.
6. Los colegios jesuitas están comprometidos a ser accesibles para todos.
7. Los colegios jesuitas están comprometidos con la interculturalidad.
8. Los colegios jesuitas están comprometidos a ser red global al servicio de la misión.
9. Los colegios jesuitas están comprometidos con la excelencia humana.
10. Los colegios jesuitas están comprometidos con el aprendizaje de por vida.

1.3. La Pedagogía Ignaciana: de Pedro Arrupe a Arturo Sosa

En 2019, el P. Luiz Fernando Klein, publicó “La Pedagogía Ignaciana: de Pedro Arrupe a Arturo Sosa” un muy interesante y concienzudo estudio sobre las orientaciones de los cuatro últimos Superiores Generales de la Compañía de Jesús sobre la pedagogía ignaciana, que, según el autor, se está aplicando en los colegios de educación primaria y secundaria; en centros de educación popular, formal e informal; y en instituciones de educación superior confiadas a la Compañía de Jesús”. En su trabajo, Klein seleccionó doce temas recurrentes tratados por los Superiores Generales, que proporcionan una comprensión actualizada de la Pedagogía Ignaciana: 1) Importancia y finalidad del apostolado educativo jesuita; 2) Perfil del alumno a ser educado; 3) El proyecto educativo; 4) Educar para la trascendencia; 5) Primacía de la justicia y la reconciliación; 6) Empeño por la inclusión de los pobres; 7) Modo de proceder pedagógico jesuita; 8) Reconfiguración del centro educativo; 9) Gestión participativa y discernida; 11) Urgencia de renovación pedagógica; 12) Trabajo colaborativo y en redes.

Dada la necesaria brevedad de mi escrito y para no repetir asuntos y temas ya abordados o que no se relacionan directamente con el tema que estoy tratando, voy a limitarme a seleccionar tan sólo algunos aspectos o expresiones, a mi modo de ver, cercanos a la Educación Popular, que fueron conflictivos e incluso resultaron escandalosos a algunos, y que tal vez lo sigan siendo. Los he ordenado, no por temáticas, como hace Klein, sino por autores.

Pedro Arrupe

Para aquellos que se mostraban escépticos sobre la efectividad apostólica de trabajar con estudiantes de clase alta, que no cambian fácilmente de mentalidad y actitudes, Arrupe declaró: “si entre las clases acomodadas no hay problema de escolarización, sí lo hay de evangelización. Y como la enseñanza y la educación es un medio eficacísimo de evangelización, la Compañía no puede reservar exclusivamente para los pobres su apostolado de la educación... Todos están allí para aprender a no tomar ninguna decisión en la vida que no considere el bien del otro, especialmente del empobrecido y del marginado..., que vivan un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y esa es la única garantía de que nuestro amor por Dios no es una farsa, porque solo promoviendo esta visión del amor podremos justificar nuestro trabajo en el colegio o en la universidad”

En septiembre de 1980, Arrupe se reunió en Roma con un pequeño grupo de educadores, jesuitas y un laico, representantes de todos los continentes. En ese momento, afirmó vigorosamente, que “no es la pretensión de la Compañía de Jesús producir esos pequeños monstruos académicos, deshumanizados e introvertidos. Ni el devoto creyente alérgico al mundo en que vive e incapaz de vibración”.

Durante todo su mandato como P. General, Arrupe insistió en el tema de la justicia social y de la justicia educativa. En los diversos escritos y pronunciamientos es notorio el impacto que le causó su participación en la asamblea del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968) que, como veremos, asumió los postulados de la educación liberadora de Paulo Freire. En la sesión de clausura del 10º Congreso de la Confederación Europea de Asociaciones de Antiguos Alumnos Jesuitas, celebrada en Valencia, España, el 01 de agosto de 1973, Arrupe sorprendió a la asamblea al afirmar la pretensión educativa de los jesuitas: formar hombres y mujeres para los demás, con el foco en la implementación de la justicia y de la liberación de cualquier situación opresiva, y por consiguiente, la participación en la transformación de este mundo es parte constituyente de la misión que Jesucristo le confió. Luego, Arrupe indagó a los Antiguos Alumnos si la Compañía los había educado para la justicia y si ellos mismos se reconocían como formados para la justicia. Él mismo confesó: “si a la expresión ‘educación para la justicia’ le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder los jesuitas con toda humildad que no; que no os hemos educado para la justicia, como Dios lo requiere hoy de nosotros. Y creo que puedo pedir también a vosotros la humildad de responder igualmente que no; que no estáis educados para la justicia y que tenéis que completar la educación recibida”.

Esta interpelación fue un divisor de aguas al que algunos antiguos alumnos reaccionaron indignados y se retiraron de la Asociación y cierta parte de la prensa criticó severamente. Sin embargo, pronto el Papa Pablo VI expresó al P. Arrupe su agradecimiento por la conferencia y su aprecio por la forma incisiva con la cual, basándose en el mensaje evangélico y en consonancia con el perenne Magisterio Eclesiástico, invitó a los asistentes a vivir y a testimoniar la caridad y la justicia cristiana, principalmente a través de la reforma interior y de la superación de los egoísmos personales y sociales.

Según Arrupe, “El amor al prójimo y la justicia son inseparables, porque el amor implica una exigencia absoluta de justicia, es decir, el reconocimiento de la dignidad y los derechos del prójimo. La justicia a su vez alcanza su plenitud interior solamente en el amor”. En consecuencia, reconocía que los fines educativos de la Compañía siempre han considerado las necesidades de los pueblos de manera general y perenne, pero ahora es necesario ir al contexto puntual y específico para identificar las necesidades de las personas. Esto exige una conversión personal e institucional. Una vez involucrada en el proceso de la propia conversión, la persona se persuade de que le urge dismantelar las estructuras, los mecanismos, la cultura de la injusticia. De esa tarea nadie se puede abstener, aseveraba Arrupe, porque “tal actitud podría configurar una forma de colaboración con el pecado. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, para la superación de las estructuras injustas, no conviene olvidar que los principales agentes de transformación y de cambio han de ser los más oprimidos, de los que los más privilegiados al asumir su causa, son simples colaboradores instalados en los puntos de control de la estructura que se pretende cambiar”.

Tras asumir que “es difícil ser buenos en un mundo malo, en un mundo donde el egoísmo de los demás y el egoísmo estructural nos ataca y amenaza aniquilarnos, será necesario recurrir al amor para soportar los efectos de la injusticia, repeler el odio, la venganza, la revancha, muy conscientes de que “cuando el odio de otro hace nacer en nosotros el odio, somos nosotros los vencidos, aun en el caso de que logremos aplastar al adversario”.

Peter Hans Kolvenbach

Kolvenbach es conocido por afirmar que se trata de formar a la persona consciente, competente, compasiva y comprometida, declaración que, como ya dijimos, pasó a ser conocida como la Pedagogía de las 4 Cs. De ahí se deduce que el estudiante ignaciano debe ser bueno y educado. Si no es lo segundo, no estará en grado de ayudar

al prójimo tanto como podría; y si no es lo primero, no les ayudará, o al menos no se puede esperar que lo haga eficientemente

Cuando comenzó su generalato, Kolvenbach se encontró con que el Decreto n.4 de la 32ª Congregación General sobre la Defensa de la Fe y la Promoción de la Justicia, promulgado ocho años antes, había causado malentendidos y resistencias también en el medio educativo jesuita. Sintiendo que era urgente disolver ese malestar, fue explicando a varias audiencias las razones, el significado correcto y las implicaciones de esa opción de los padres congregados para el trabajo educativo. La Congregación quería evitar términos tradicionales como caridad, misericordia, amor, filantropía y utilizar un lenguaje más incisivo, que para algunos fue entendido como revolucionario y subversivo. Como resultado, la Congregación comprometió a la Compañía en la promoción de la justicia como una respuesta concreta, radical y adecuada a un mundo que sufría injustamente. Fomentar la virtud de la justicia en los individuos no bastaba. Sólo una justicia sustantiva podía producir los cambios de actitudes y de estructuras que se precisaban para eliminar las injusticias pecadoras y opresivas que son un escándalo contra la humanidad y contra Dios. Paralelamente al trabajo de pacificar los estados de ánimo refractarios a la opción por la justicia, el P. Kolvenbach incentivó a las comunidades educativas a proporcionar a los estudiantes experiencias con la realidad impactante de este mundo de injusticia y opresión de los pobres, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva.

La práctica de la justicia comienza con la actitud de sensibilización frente al contexto social. La sensibilización y el compromiso con la justicia requieren la conversión interior, la determinación de la persona por mantenerse consciente, indiferente y libre frente al acoso de la propaganda consumista, hedonista y utilitarista

En virtud del Evangelio y de la coyuntura de un mundo que insiste no solo en oprimir, sino en descartar a los más vulnerables, la inclusión de los pobres prevalece en la agenda de los centros educativos jesuitas. Sin embargo, dado que esto constituyó un problema de comprensión para una parte del sector educativo de la Compañía, el P. Kolvenbach se sintió obligado a aclarar los puntos conflictivos: “La causa de los pobres es una de las marcas fundamentales de la educación jesuita, el punto de referencia irrenunciable en la estructura misma de la escuela, la medida de su vigor, porque procede de la mirada de la Santísima Trinidad sobre el mundo, como lo presenta San Ignacio en la Contemplación de la Encarnación, en los Ejercicios Espirituales. Jesucristo se ha ‘empobrecido’ al asumir la naturaleza humana y siempre se ha posicionado con y como los pobres para que todos disfruten de una vida abundante. El pobre es quien más

necesita la comprensión y el apoyo de los demás porque se encuentra en una situación de desigualdad. Es necesaria, por tanto, una desigualdad de trato en su favor: para modificar eficazmente la desigualdad primera en la cual él se encuentra. Por consiguiente, los pobres son parte integrante de nuestro proyecto educativo, en busca de una sociedad justa y solidaria, en que desaparezca toda clase de exclusiones. Se debe tomarlos en serio porque esa opción no es una moda pasajera, por cierto, incómoda.

En línea con lo que proponía Ellacuría, “La Universidad debe asumir una predilección evangélica por los pobres, lo que no significa seleccionar estudiantes de acuerdo con la situación económica ni debilitar el vigor académico de la institución. Significa más bien, que la universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón.” En consecuencia, el mero incremento numérico de los pobres en las escuelas jesuitas no comprobaría, en sí mismo, la preferencia por ellos. El estilo, el diseño, o la ‘ecología’ de la escuela deben expresar el aprecio y el respeto por los pobres a través de la organización pedagógica, de los planes de estudio, de la estructura organizativa, de los reglamentos y del clima comunitario.

Adolfo Nicolás Pachón

El Padre Nicolás es recordado por ilustrar el objetivo de la educación ignaciana con el símbolo de la jirafa: tiene un corazón grande para bombear sangre a su cabeza y una vista muy alta y amplia. Así deberían salir los estudiantes de la escuela jesuita: con un corazón ferviente por el bien de la humanidad y del medio ambiente, y una visión abarcadora para leer correctamente la realidad. Por ello, incluyó entre los rasgos característicos del perfil del estudiante ignaciano la capacidad de pensar con profundidad con una visión global crítica de la realidad, pues “aspiramos que se nos reconozca por la calidad humana de nuestros egresados, no porque sean buenos para competir en un reñido mercado de trabajo”.

Durante una visita que realizó al Instituto Técnico Jesús Obrero, en una zona popular de Caracas, el P. Nicolás mostró cómo la Educación Popular se deriva del cambio de mentalidad social y del contacto y trabajo con los pobres. Allí especificó algunos rasgos de dicha educación, que evidencian que conocía bien sus características: se dirige a jóvenes y adultos de la clase necesitada, en zonas urbanas o rurales, especialmente en países en desarrollo; aplica una pedagogía participativa, promueve la capacitación técnica y social, la formación ética y religiosa, la orientación hacia el análisis y promueve

la transformación de la sociedad. Y afirma, con cierto optimismo, que “el número de alumnos desfavorecidos que hoy reciben educación de la Compañía supera con creces a aquel de quienes proceden de nuestros colegios más tradicionales”, afirmación que, para establecer si en verdad la Compañía se ha ido desplazando hacia los pobres, habría que confrontarla determinando la proporción de jesuitas que trabajan en contextos populares y los que lo hacen en centros más elitescos.

El P. Adolfo Nicolás recordaría que el llamado del P. Arrupe a la educación por la justicia, y lo que ella implica de responsabilidad social, se ha convertido en un sello distintivo de la educación de la Compañía de Jesús. Además, gran parte de nuestros centros educativos en el mundo tienen programas serios, novedosos y creativos para educar en el compromiso social. Instituciones educativas de otras Congregaciones Religiosas, o incluso del Estado, aprovechan estos logros y piden asesoría en este campo. ¿De cuál justicia se trata? Se trata de considerar la justicia nunca como un criterio absoluto, sino siempre impregnado de la caridad cristiana.

Considerando que el discurso de la calidad no siempre puede coincidir con el de 'magis', Nicolás prefería traducir 'magis' por profundidad: 'magis' no significa necesariamente éxito, pero es magis de Cristo, es magis de persona, es magis de servicio, de entrega, de responsabilidad. Lo que la pedagogía ignaciana tiene como no negociable es la educación del ser humano para servir a los demás.

Arturo Sosa Abascal

El P. Sosa conoce bien a Fe y Alegría y la Educación Popular. Todavía recuerdo un taller que facilitamos juntos en los ochenta en Ocumare de La Costa sobre Educación Popular. Por ello, en la celebración de los 60 años de Fe y Alegría, destacó que su misión no es hacer escuelas como fin último, sino transformar con la educación las estructuras sociales. Y señaló las siete notas constitutivas de Fe y Alegría: 1) Horizonte: la transformación personal y social; 2) Intencionalidad política; 3) Educación formal, ciudadana y de promoción social; 4) Trabajo con y en la comunidad; 5) Compromiso con la transformación de las estructuras; 6) Educación que fundamenta el cambio; 7) Mensajera de confianza en el futuro.

Allí mismo deseó con fervor “que los agentes de Fe y Alegría no dejen de levantar su voz desde las fronteras de la exclusión de manera profética y sin perder su independencia... que no renuncien a la denuncia cuando ésta sea necesaria para propiciar el Bien Común”. También le pidió a Fe y Alegría ayuda para aprender de su actitud de búsqueda permanente y de su experiencia educativa en defender y promover, en alianza con otros dentro y fuera de la Iglesia, la educación inclusiva y su

incidencia en políticas públicas, un verdadero tesoro a ser compartido con otras instituciones de la Compañía.

Sosa viene insistiendo en la necesidad de renovación como una tarea no coyuntural, sino permanente, como un paso necesario hacia adelante, de rechazo al inmovilismo institucional y a los modelos tradicionales. Hay que evitar que las estructuras se anquilosen y se vuelvan rígidas, o que la complejidad interna las haga pesadas y pierden agilidad y dinamismo... Cuando se trata de la renovación, se refiere no solo a la mejora de las prácticas o técnicas pedagógicas en el salón de clase, sino a algo más radical: la invención, con imaginación y **creatividad, sin miedo, de otro modelo educativo**. Tarea verdaderamente ambiciosa, en un sentido 'revolucionaria' frente a la inercia institucional..., tarea que Fe y Alegría, al menos en Venezuela, viene trabajando con insistencia y dedicación.

En línea con el énfasis de la promoción de la fe y la justicia, recordado y promovido por los últimos Padres Generales, Arturo les insistió a los Delegados de Educación de toda la Compañía, reunidos en 2017 en Río de Janeiro, en la necesidad de avanzar en la educación para la justicia, lo que implica: a) Proximidad a los pobres y marginados; b) Formación de una conciencia crítica sobre los procesos sociales injustos; c) Actitud constructiva y dialógica para buscar soluciones, aspectos fundamentales de la Educación Popular.

En la presentación de las Preferencias Apostólicas Universales de la Compañía de Jesús (2019-2029), el P. Sosa, al referirse a la segunda referencia "Caminar junto a los pobres, los descartados del mundo, los vulnerados en su dignidad, en una misión de reconciliación y de justicia", expresó:

"Enviados como compañeros en una misión de reconciliación y de justicia, nos proponemos caminar con las personas y comunidades vulnerables, excluidos, marginados, humanamente empobrecidos, las víctimas de los abusos de poder, conciencia o sexual; con los descartados de este mundo, con todos aquellos que la tradición bíblica conoce como los pobres de la tierra, a cuyo grito responde el Señor con su encarnación liberadora.

La condición necesaria para hacernos compañeros de camino al estilo de Jesús, es desde la cercanía con los pobres, anunciar su Evangelio de esperanza a los innumerables pobres que habitan hoy nuestro mundo. Acercarnos a los pobres significa dirigirnos hacia las periferias humanas y los márgenes de la sociedad, adoptando un estilo de vida y de trabajo adecuado a esa situación para hacer creíble nuestro acompañamiento. Para alcanzar esta meta, nos comprometemos,

en todos los niveles de la Compañía, a discernir quiénes son los más vulnerables y excluidos en nuestro entorno y encontrar el modo de caminar cercano a ellos. El camino que queremos hacer junto a los pobres es el promover la justicia social y el cambio de las estructuras económicas, políticas y sociales, generadoras de injusticia, como dimensión de la reconciliación necesaria de los seres humanos, los pueblos y sus culturas entre sí, con la naturaleza y con Dios.

Confirmamos nuestro compromiso en la atención a los migrantes, desplazados, refugiados, víctimas de las guerras y del tráfico de personas; la defensa de la cultura y existencia digna de los pueblos originarios...

A través de la formación ciudadana, sobre todo entre quienes están a la base de la pirámide social, queremos contribuir a fortalecer la democracia política con la promoción de organizaciones sociales en la búsqueda del Bien Común; queremos ayudar a contrarrestar las nefastas consecuencias de las diversas formas del neoliberalismo, del fundamentalismo y del populismo.

Acompañar a los empobrecidos nos obliga a mejorar nuestros estudios, análisis y reflexión para comprender en profundidad los procesos económicos, políticos y sociales que generan tantas injusticias, y contribuir a la generación de mundos alternativos”.

Arturo cierra la presentación con un llamado a la conversión personal, comunitaria e institucional: “La llamada es a compartir la vida y la misión de Jesucristo”. Las Preferencias pretenden desencadenar un proceso de reanimación vital y creatividad apostólica que nos haga mejores servidores de la reconciliación y la justicia,

2. LA EDUCACIÓN POPULAR

2.1. Educación para la transformación social

Hablar de Educación Popular tiene una enorme resonancia en el corazón de América Latina y supone entroncarse con una serie de movimientos educativos con claras intenciones emancipadoras y de transformación social. Frente a las tendencias que quieren convertir la educación en un medio para insertarse en el actual mundo globalizado, lo que implica aceptar las terribles desigualdades y la inhumanidad e injusticia en que vivimos, la Educación Popular apuesta por recuperar y fomentar el potencial transformador de cada persona como sujeto de su historia y de la historia. Educación que prepare a las personas, comunidades y naciones, ya no para acomodarse

a los cambios, sino para orientarlos a favor de un proyecto de construcción de otro mundo posible en el que prevalezca la justicia, la inclusión, la dignidad, la democracia, el respeto a la diversidad y la paz. Educación orientada no meramente a formar los profesionales que el mercado requiere, que es lo que pretenden en general las reformas educativas y las propuestas de educación de calidad, sino los seres humanos que necesita una sociedad libre y profundamente democrática, armados de una ciencia profundamente humanista, de una conciencia social y espiritual y de la capacitación necesaria para transformar creativamente su entorno y contribuir a la transformación social donde todos puedan ejercer sus derechos ciudadanos y vivir con dignidad.

La Educación Popular surge de la vida del mismo pueblo, de sus saberes, valores y experiencias, de su capacidad de lucha, celebración y resistencia. Se orienta, en definitiva, a formar personas solidarias y ciudadanos activos y responsables, capaces de imaginar un modelo de sociedad distinto y de comprometerse en su construcción. Es una educación que defiende la vocación histórica de cada hombre y de cada mujer como artífices de futuro, el valor humano y cristiano de la utopía que impulsa a superar el egoísmo y salir de la mediocridad, y a comprometerse en la búsqueda de formas de vida cada vez más humanas.

Si bien hubo grandes maestros latinoamericanos, como Simón Rodríguez y Mariátegui, que propusieron una educación popular propia, original, opuesta a los modelos colonizadores y eurocéntricos, se suele considerar que la Educación Popular nació en la década de los 60 y se enraíza en las propuestas de la Educación Liberadora de Paulo Freire. Frente a la educación bancaria, acrítica, domesticadora, educación para la sumisión, al servicio de los intereses de los grupos dominantes, el pedagogo brasileño propone una práctica educativa problematizadora o concientizadora, que ayude al educando a comprender y superar la dominación que sufre y lo haga sujeto de su historia y de la historia.

Freire insiste en que la educación no es neutra: está a favor de la dominación o de la emancipación, de mantener el actual mundo o de transformarlo. Toda práctica educativa es política porque involucra valores, proyectos que reproducen, legitiman, cuestionan o transforman las relaciones de poder prevalecientes en la sociedad. La Educación Liberadora parte de una crítica profunda a la realidad de injusticia y debe contribuir a la construcción de los sectores populares como sujetos de cambio, lo que exige la formación de una conciencia crítica, a partir de metodologías dialógicas y democráticas.

Freire entiende la educación como un acto de conocimiento, una toma de conciencia de la realidad, una lectura del mundo que precede a la lectura de la palabra. Pero no se trata de conocer o tomar conciencia del mundo para luego transformarlo, sino conocer el mundo desde y en la práctica transformadora, en la cual intervienen deseos, valores, voluntades, emociones, imaginación, intenciones y utopías. La educación por sí misma no cambia el mundo, pero sin ella es imposible hacerlo. En consecuencia, el educador progresista debe tener un compromiso ético y político por la construcción de un mundo más justo. El educador ve la historia como posibilidad; no debe perder su capacidad de indignación, no puede ser indiferente ni neutral frente a las injusticias, la opresión, la discriminación y la explotación; debe mantener y promover la esperanza en la posibilidad de transformarlo.

La propuesta de la Educación Liberadora cobró un gran impulso en toda América Latina cuando la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, reunida en Medellín, Colombia (1968), en línea con el espíritu renovador de la Iglesia Católica iniciado con el Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), asumió las ideas de Paulo Freire, las hizo suyas y promovió muy ampliamente.

En su reunión de Medellín, los obispos latinoamericanos se esforzaron por leer la realidad del continente a la luz de la fe y concluyeron que

“el Episcopado Latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria... Los obispos queremos acercarnos cada vez con más sencillez y sincera fraternidad a los pobres, haciendo posible y acogedor su acceso a nosotros” (Medellín XIV, 141).

Los obispos comprendieron que la opción por los pobres, para ser eficaz, tenía que incluir la opción por los medios que les permitieran salir de su pobreza. Y aquí fue donde descubrieron el potencial liberador de las ideas educativas que promovía Paulo Freire, y que los obispos latinoamericanos harían suyas. Según el documento final de Medellín, la ignorancia es una servidumbre inhumana y una de las causas principales que mantienen a la gente en la miseria. Había, en consecuencia, que promover con urgencia una educación que ayudara a liberar a las personas del fanatismo, el fatalismo y la pasividad que les mantenían hundidos en su penosa situación. Una educación para la liberación y no para la sumisión:

“Nuestra reflexión sobre este panorama, nos conduce a proponer una visión de la educación, más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para

nuestro Continente; la llamaríamos la educación liberadora; esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. La educación es efectivamente el medio clave para liberar a los pueblos de toda servidumbre y para hacerlos ascender de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas, teniendo en cuenta que el hombre es responsable y el artífice principal de su éxito o fracaso. Para ello, la educación en todos sus niveles debe llegar a ser creadora, pues ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina". (Medellín, IV, 8).

A partir de Medellín, la Educación Liberadora se ligó muy fuertemente a los grupos cristianos comprometidos, que se esforzaron por llevar la educación a aquellos grupos marginados donde no llegaba el Estado. Fueron numerosas las Congregaciones Religiosas y grupos de cristianos comprometidos que se fueron a los barrios y caseríos a vivir junto al pueblo su compromiso cristiano de servicio a los más necesitados. Aquí radica una de las razones fundamentales del rápido crecimiento de Fe y Alegría en sus orígenes, ya que muchas religiosas y laicos comprometidos encontraron en Fe y Alegría un canal para vivir su fe como seguimiento de Jesús en su empeño de construir el Reino de la justicia y la fraternidad.

En 1970, Salvador Allende conquista el poder en Chile por medios pacíficos, mediante el voto popular. Con el triunfo de Allende, surge una gran esperanza entre numerosos grupos progresistas de que es posible cambiar la sociedad sin recurrir a las armas, como lo pensaban los grupos guerrilleros y los que consideraban que había que expandir la revolución cubana por toda América, pues no era posible transformar la sociedad sin lucha de clases y sin violencia.

En 1971, el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez publica el libro "Teología de la liberación", donde presenta un Dios Liberador, aliado de los oprimidos, que aborrece la opresión y la injusticia, y a un Jesús cercano a los pobres y a las víctimas de cualquier tipo de exclusión y dominación. La teología de la liberación va a entrar en sintonía y va a nutrir muchos presupuestos de la Educación Liberadora, como también lo harán después para enriquecerla, las teorías de la dependencia (Dos Santos, Faletto), el teatro del oprimido (Grupo El Galpón), la comunicación popular de Mario Kaplun, la investigación acción participativa de Fals Borda, la filosofía latinoamericana de Enrique Dussell y las pedagogías críticas que nos llegan sobre todo de los países del Norte.

Pero no va a durar mucho esta especie de primavera de la esperanza. Los grupos dominantes no van a aceptar que se impongan políticas sociales y económicas que pongan en peligro sus intereses. El 11 de septiembre de 1973, el General Augusto

Pinochet da un muy cruento golpe de estado y muere Salvador Allende. Empieza una brutal represión y son asesinadas miles de personas simplemente por haber defendido ideas progresistas y haber propiciado una transformación social que permitiera a las víctimas de las enquistadas estructuras de dominación y opresión una vida digna. Comienzan a extenderse las políticas de Seguridad Nacional y América Latina se va llenando de dictaduras brutales y genocidas, que se dedican a extirpar por la fuerza todas las ideas de justicia, equidad y transformación social, e imponer mediante una feroz represión un proyecto político y económico en contra de los intereses populares.

En 1979, se realizó la Tercera Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de los Ángeles (México). A pesar de que las políticas represivas se habían adueñado de la mayor parte del continente latinoamericano y los regímenes autoritarios miraban con sospecha la Educación Liberadora, sorpresivamente y con un gran valor, el Documento de Puebla mantuvo e incluso impulsó con más fuerza las ideas propuestas por Medellín: “Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los más pobres...Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral” (Puebla, 1135).

Ante la creciente represión que imperaba prácticamente en casi toda Latinoamérica, la Educación Liberadora se encontró con los grupos de resistencia, se comprometió con las víctimas de la represión (organizadas o no), y con los movimientos que luchaban contra las dictaduras sanguinarias, y se hizo popular. A partir de 1981, se fue imponiendo el nombre de Educación Popular, sobre el de Educación Liberadora. Dado que el marxismo contaba con una teoría que explicaba la pobreza, la dependencia y la dominación, la Educación Popular se acercó al marxismo, pero lo hizo desde la corriente althusseriana, que consideraba la educación como aparato ideológico del Estado opresor al servicio de las clases dominantes. En consecuencia, por esos años hubo un profundo desencuentro entre la educación formal y la Educación Popular que se expresaba fundamentalmente en experiencias sociales de alfabetización, formación de dirigentes de organizaciones y movimientos sociales (campesinado, populares, locales), trabajo en salud, en comunicación, género, medio ambiente y economía solidaria. Estos grupos consideraban que no era posible la educación popular en contextos formales, pues la escuela era la columna central sobre la que se afincaban las políticas de la discriminación, la exclusión y la dominación. Por ello, nunca tomaron en consideración a los que insistían en que era posible educación popular desde la escuela,

como lo proponía el P. José María Vélaz, que no fue comprendido por los grupos más radicales, y desecharon sus ideas como reformistas y no revolucionarias...

En este período, la Educación Popular se politizó e ideologizó mucho, se puso énfasis en la conciencia de clase y en la toma del poder, sin importar los medios y sin analizar cómo se ejercía el poder en los espacios micros de la cotidianidad y entre los propios grupos que buscaban conquistarlo; el catecismo de los manuales sustituyó la reflexión y el análisis; la ideología fue sustituyendo a la pedagogía que con frecuencia se limitó al uso de técnicas participativas y al uso del papelógrafo con el que se llenaban las paredes; el adoctrinamiento se impuso sobre el diálogo y la reflexión. Su dogmatismo y alianza con el marxismo y con los grupos más radicales hizo que muchos empezaran a mirar la Educación Popular con desconfianza e incluso se opusieran de frente a ella.

Ante la constatación de la ausencia de resultados políticos y sociales y su fuerte carácter ideológico e incluso dogmático, educadores y educadoras populares iniciaron ya hacia 1985 un serio cuestionamiento y autocrítica a esta forma de concebir el trabajo educativo, que cobró mucha fuerza en los noventa y que continúa con fuerza en nuestros días. Esto originó que la Educación Popular revisara y profundizara sus análisis, presupuestos, propuestas y prácticas para que respondieran mejor a las nuevas realidades. Se consideró muy necesario revisar y ampliar los conceptos de pobres y marginados más allá de la dimensión económica y social para asumir todas las formas, muchas veces veladas, de exclusión y discriminación. Se vio también necesario repensar y analizar el ejercicio del poder en las dimensiones macro, meso y micro; y se insistió en recuperar la ética y la pedagogía ligándolas con más fuerza a la política.

A mediados de los noventa, el entusiasmo generado tras el fin de las dictaduras y el inicio de reformas democráticas en casi todos los países del continente se resquebrajó frente a la evidencia de las nefastas consecuencias sociales que trajo la implantación del credo neoliberal. Los indicadores de pobreza y desigualdad social se dispararon y el desempleo, la precariedad y la informalidad pasaron a ser los rasgos predominantes del mundo laboral; mientras que la plutocracia, la corrupción y la crisis de legitimidad se agudizaron pese a las políticas de modernización estatal.

Esta situación generó un creciente malestar entre la población que fue sustituyendo las democracias oligárquicas por gobiernos que se proclamaron de izquierda y anti neoliberales. Brasil, Bolivia, Argentina, Venezuela, Ecuador, Uruguay, El Salvador y Perú experimentaron políticas alternativas a las que impusieron los Estados Unidos y el Fondo Monetario en décadas previas. Estos gobiernos asumieron muchos

de los principios esenciales de la Educación Popular, redactaron y aprobaron constituciones progresistas, dieron protagonismo y voz a sectores tradicionalmente ignorados, adelantaron políticas económicas y sociales a favor de las poblaciones excluidas, y lograron reducir considerablemente los indicadores de miseria y de pobreza.

Sin embargo, varios de estos gobiernos, seducidos por los privilegios del poder y por la convicción mesiánica de que sólo ellos representaban los intereses del pueblo, fueron imponiendo cada vez más sus prácticas populistas y autoritarias, ignoraron y violaron los textos constitucionales, olvidaron la ética más elemental y fueron devorados por la corrupción y el afán de mantenerse a toda costa y a cualquier precio en el poder. Algunos incluso asumieron conductas dictatoriales y muy represivas, violatorias de los derechos humanos esenciales.

Todo esto nos ha exigido a los educadores populares emprender un profundo proceso crítico y autocrítico pues muchas de estas experiencias pretendidamente populares y progresistas, que asumieron el discurso de la Educación Popular, lo contradijeron radicalmente con la implantación de prácticas opuestas a los principios, declaraciones y proclamas. Por ello, la fidelidad a los oprimidos y marginados obliga a una profunda revisión de los presupuestos y esquemas mentales para ser capaces de interpretar al mundo tal cual es, en sus dimensiones macro y micro, objetivas y subjetivas, y en sus interrelaciones. En consecuencia, sobre la dimensión política se debe enfatizar la dimensión ética y pedagógica que algunos gobiernos olvidaron por completo, con lo que, si bien se apropiaron del discurso liberador de la Educación Popular, traicionaron sus principios esenciales.

No podemos ignorar que la pedagogía de la Educación Popular es una pedagogía del diálogo y no del discurso monolítico, de la pregunta y no de las respuestas preestablecidas. Es una pedagogía de lo grupal y de lo solidario, frente a las que reproducen el individualismo y la competencia. Es una pedagogía de la libertad frente a las que refuerzan la alienación, de la democracia y no del autoritarismo, de la esperanza frente a las que afirman el fatalismo histórico. Es una pedagogía que acepta el diálogo con los saberes provenientes de las diversas ciencias sociales y de los distintos pensamientos que promueven la liberación, como la Teología de la Liberación, los feminismos, la ecología, y el pensamiento proveniente de la resistencia indígena, negra y popular. Es una pedagogía de la sensibilidad, del amor y la ternura, frente a las que enseñan la agresividad y la ley del más fuerte. Es una pedagogía que incorpora los sentimientos, las intuiciones, las vivencias, involucrando en el proceso de conocimiento al conjunto del cuerpo. Apela por ello, como parte del proceso de aprendizaje, al arte,

al juego, al psicodrama, y al contacto directo con experiencias prácticas producidas en la vida social.

2.2. Vigencia de la Educación Popular y principios esenciales

Ante los excesos y abusos de algunos gobiernos que asumieron el discurso de la Educación Popular y emprendieron prácticas radicalmente opuestas, algunos se preguntan si tiene hoy vigencia la Educación Popular y más bien deberíamos olvidarla y dejar de mencionarla. Pero si intentamos mirar hoy con los ojos de las personas empobrecidas y excluidas, la realidad de nuestros países y del mundo, vemos que las opciones fundamentales y los elementos constitutivos de la Educación Popular Liberadora siguen más vigentes que nunca. En palabras de Oscar Jara²,

“En la gran mayoría de nuestros países las brechas de equidad e igualdad continúan intactas...; el desafío de superar las brechas de equidad en el terreno económico, social y cultural, las brechas de género, las brechas de discriminación étnica, las brechas de separación por edad, continúan intocadas. Por eso ante ese paradigma neoliberal, ante el paradigma de la privatización, ante ese paradigma del individualismo, ante ese paradigma de una educación para el mercado y una educación como mercancía -es decir donde los saberes y las posibilidades de educación se venden- nosotros afirmamos otro paradigma: un paradigma de una educación transformadora, un paradigma de una educación para la solidaridad, un paradigma que garantice también el derecho a una educación pública gratuita y de calidad, un paradigma de educación como construcción de capacidades de aprendizaje y crecimiento personal a lo largo de toda la vida”.

Jara reafirma con fuerza la necesidad de seguir apostando por una Educación Popular emancipadora y transformadora, que abarque todos los campos, modalidades y niveles, y hace suyas las ideas del sociólogo chileno Helio Gallardo³, que afirma la necesidad de pasar de la noción de popular en el sentido social a la noción de popular en el sentido político:

“El pueblo social está constituido por todos aquellos sectores que sufren algún nivel de asimetría, de brecha, de desigualdad, debido a cualquier forma de explotación, de opresión, exclusión, marginación o discriminación. Todos esos

² Conferencia inaugural del Encuentro-Asamblea del CEAAL, “Los desafíos de los procesos de Educación Popular en el contexto actual”. Quito, 29 de agosto de 2014

³ Helio Gallardo, El pueblo como actor político y como sujeto histórico, Revista Pasos, N. 152, Julio-Septiembre 2011.

sectores conforman el pueblo social. Por lo tanto, una Educación Popular es una educación que rescata la vida, las necesidades, los sueños, los afanes, frustraciones, las expectativas de ese pueblo social. Sin embargo, lo importante es avanzar a la noción de pueblo político: es decir la referida a todos aquellos sectores sociales, organizaciones y personas que luchan por eliminar las condiciones de explotación, de exclusión, de opresión, de marginación y discriminación”.

Por ello, ante el clamor de que la Educación Popular ya no tiene hoy sentido y la pretensión generalizada de imponer modelos educativos al servicio de las estructuras actuales, el pragmatismo político y la creciente renuncia en el mundo a los grandes sueños e ideales, es necesario subrayar su vigencia, y reivindicar, entre otros, los siguientes principios:

- Intencionalidad emancipadora ético-política y necesidad de cultivar la esperanza comprometida en la transformación de las estructuras injustas y los mecanismos de opresión, discriminación y exclusión; esperanza que se convierte en denuncia y anuncio creativo de propuestas diferentes, modelos diferentes, relaciones diferentes, educación diferente, para lograr un mundo diferente.
- Necesidad de recuperar la solidaridad militante y el compromiso con las poblaciones más vulnerables y los grupos discriminados y excluidos por motivos económicos, políticos, culturales, étnicos, sexuales, religiosos. Es necesario recrear una cultura de la rebeldía, de la resistencia, de la memoria, de la solidaridad, de la diversidad, de la crítica, de la libertad.
- Estudio crítico de la realidad local, nacional y mundial para detectar y enfrentar las viejas y las nuevas exclusiones y discriminaciones en defensa de la diversidad, considerándola un valor esencial, frente a la pretensión de imponer un pensamiento único que considera como sólo válidos o superiores los modelos impuestos. Imposición pretendida no sólo por los países que abiertamente promueven la democracia neoliberal, sino también por los regímenes totalitarios, que han adoptado la economía de mercado bajo un fuerte centralismo político del partido comunista, como es el caso de Rusia y China que, en la confrontación geopolítica mundial, siguen apoyando las experiencias enfrentadas al imperialismo norteamericano.
- Defensa de los derechos humanos, hoy tan vulnerados, y de los derechos de la naturaleza, hoy tan maltratada, superando el mero antropocentrismo para asumir el biocentrismo, es decir, la defensa de todas las formas de vida.

- Autocrítica permanente para reconocer excesos, ausencias, limitaciones e incoherencias que distorsionan nuestras maneras de analizar la realidad e impiden la búsqueda de alternativas para transformarla.
- Necesidad de una humildad a toda prueba, alejada por completo de las posturas dogmáticas, que respeta y valora la diversidad de propuestas y experiencias y busca la articulación de todas aquellas personas y grupos que buscan la transformación de nuestro mundo injusto y excluyente.
- Contribución a la constitución de los sectores populares como sujetos de transformación a partir del fortalecimiento de sus procesos de organización y luchas, desarrollando las capacidades que favorezcan la participación y el sentido de lo comunitario.
- Como acción pedagógica, busca incidir en el ámbito subjetivo (conciencia, cultura, creencias, marcos interpretativos, emocionalidad, voluntad y corporeidades), privilegiando las pedagogías críticas y creativas, frente a las pedagogías transmisivas y reproductoras. Pedagogía, que nos ayude a superar el mero discurso del cambio y la transformación, una pedagogía socio-crítica que garantice coherencia con los postulados e intenciones. Pedagogía que cuestiona las prácticas ideologizadoras, dogmáticas, transmisivas, bancarias, y autoritarias que subsisten en los discursos emancipadores y en nuestras actividades cotidianas.
- Énfasis en la necesidad de la sistematización como instrumento de formación y de conocimiento de la realidad, que, además, proporciona pistas para su transformación y la transformación de los sujetos transformadores. La sistematización puede volverse una fuente fértil de análisis, auto-reconocimiento, identidad, memoria, y de creación colectiva de conocimientos.

Frente a la colonización creciente de las mentes, la pretensión de imponernos la dictadura del pensamiento único, los intentos de manipular nuestras vidas y la proliferación descarada y sin control de bulos, falsedades y mentiras en lo que se ha llamado era de la postverdad, necesitamos promover con insistencia la pedagogía crítica, tanto en la educación presencial como en la virtual. Pedagogía que nos ayude a entender mejor el mundo, nuestra vida personal, el sentido de nuestras preocupaciones y atribulaciones, la necesidad de la esperanza y, sobre todo, la vivencia concreta del amor, de la sabiduría, del cuidado y de la compasión. La gente pide recetas, cuando lo que necesitamos es ideas. Bertrand Russell decía que “el ser humano le teme al pensamiento más que a otra cosa”. Pensar supone esfuerzo, silencio, reflexión, lectura y conversación con gente interesante.

La pedagogía crítica necesita educadores que estimulen la pregunta y la reflexión crítica sobre las preguntas, para superar el sinsentido de una educación que exige respuestas a preguntas que no interesan. Educadores que promueven el análisis crítico de discursos, normas, propuestas y hechos, así como de las actitudes autoritarias y dogmáticas, tanto de la realidad escolar como de la problemática nacional y mundial; educadores que capaciten para reconstruir y reinventar el mundo. Análisis crítico que no acepta la “normalidad” de un mundo inhumano y se hace denuncia valiente de todo lo que atenta contra la vida, de todas las injusticias, las falsedades, las manipulaciones, las mentiras.

Una pedagogía que analiza críticamente el uso del poder y se opone a su acaparamiento. Si en verdad buscamos, mediante la educación, empoderar o fortalecer a los sujetos sociales para que sean capaces de impulsar en todos los ámbitos personales, familiares y sociales, unas relaciones verdaderamente democráticas, no hay duda de la importancia de analizar críticamente el ejercicio del poder en las estructuras organizativas y en las relaciones educativas. Hoy tenemos claro que el uso que hacemos del poder lo convierte en dominación o en fuerza constructora de lo nuevo, pero también hemos aprendido que el poder opresivo no se devela, ni el empoderamiento de los grupos relegados y excluidos se construye a partir de discursos de participación y democracia. Ello sólo puede ser un aprendizaje en lo concreto de nuestras relaciones sociales.

2.3. Fe y Alegría como un Movimiento de Educación Popular

El P. Vélaz consideró la Educación Popular como el arma principal para transformar las estructuras de injusticia y favorecer la liberación de los marginados. El veía en la ignorancia, la falta de educación o en la educación mediocre, la raíz de la injusticia, de la pobreza y del subdesarrollo. No sin cierto utopismo pedagógico, consideraba que la educación era el medio fundamental para que la gente pudiera liberarse de su situación de miseria y dependencia, y conquistar por sí mismos sus derechos esenciales. El propósito fundamental de Fe y Alegría no se queda por lo tanto encerrado en los límites pedagógicos de unas buenas escuelas. Va mucho más allá. Pretende transformar la sociedad. Esta visión de Vélaz sobre el propósito final de Fe y Alegría va a ser de suma trascendencia para Fe y Alegría. La Educación es un medio, el medio fundamental, pero nada más que un medio. No es el fin último. Por lo tanto, todo el enfoque que se dé a la educación debe estar adecuado a dicho fin. No se trata de dar simplemente una buena educación, sino una buena educación que haga énfasis en aquellos aspectos que sean

más adecuados al fin, que ayuden más eficazmente a la transformación de la sociedad. De hecho, Vélaz llega a afirmar con rotunda claridad que el objetivo último de Fe y Alegría no es fundar escuelas, sino contribuir a la transformación social.

En los años muy difíciles y turbulentos, donde ante el afianzamiento en el continente de las dictaduras y las políticas de seguridad, la Educación Popular se acercó mucho al marxismo, y algunos radicales llegaron a alimentar la lucha de clases y pretendían la transformación social mediante revoluciones sangrientas al estilo de Cuba, el P. Vélaz. fue muy crítico de estas posturas y combatió con firmeza para que no entraran en Fe y Alegría. No podía entender cómo algunos se oponían con razón a las dictaduras latinoamericanas que estaban cercenando los movimientos populares a base de represión y sangre, pero callaban los crímenes de la Unión Soviética, China, Camboya o incluso Cuba en su afán por imponer violentamente los socialismos reales.

Vélaz argumentaba con fuerza la necesidad de extender la Educación Popular para transformar las estructuras de injusticia de un modo pacífico y evitar de este modo el camino de la violencia y las guerras. Buscaba una auténtica revolución por medio de la educación, sin recurrir al camino de las armas, algo que le aterraba y en ningún modo podía aceptar. El P. Vélaz fue siempre un hombre de iglesia, fiel a su doctrina, y como Jesús, negador de todo lo que supusiera soluciones violentas. Por ello, siempre afirmó que la Educación Popular de Fe y Alegría se enraizaba en los valores de Jesús y su evangelio. Sus propuestas de revolución educativa o de educación liberadora tenían siempre como fundamento último el evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia.

Frente a los que buscaban el cambio de la sociedad ya, sin importar los medios, Vélaz optó por el largo y duro camino de la Educación Popular Integral de los pobres, para que se fueran constituyendo en sujetos de su liberación interior porque así, y sólo así, podrían contribuir a una verdadera liberación social. Frente al odio y el resentimiento, él eligió siempre el camino de la fe y la alegría.

La historia reciente le ha dado la razón a Vélaz en que, cuando se pretende invertir los términos y se busca prioritariamente el cambio político, sin importar los medios, la educación que después se imparte tiene más de adoctrinamiento que de auténtica formación de sujetos autónomos. Un pueblo ignorante en cualquier contexto político siempre estará marginado, siempre será manipulado. Sólo un pueblo educado podrá ser el artífice de su propia transformación social. En consecuencia, se trata con la educación de formar: “hombres críticos, independientes y dueños de sus destinos, comprometidos en la construcción de un mundo más solidario y justo”.

No se le ocultaba a Vélaz que la liberación y superación de las estructuras injustas exigían la organización social y también la organización política. Si bien es evidente que al comienzo tuvo mucha fe en el partido socialcristiano Copey, por pensar que se enraizaba en la doctrina social de la iglesia, pronto se decepcionó de él, una vez que, cuando llegó al poder, no brindó el apoyo decidido a la Educación Popular que él esperaba, ni a la verdadera transformación social. Por ello, si bien siempre se opuso a que Fe y Alegría se identificara con algunos partidos políticos, tenía claro que el protagonismo del pueblo que brotaba de una Educación Popular Integral, debía desembocar en una participación política cada vez más plena: “Solamente en la fase histórica en que el Pueblo Educado tenga poder Político se empezará a mover la balanza de la justicia hacia el fiel de la hermandad y de la equidad”.

En los años de 1984-85 y tras un largo proceso de reflexión y debate, no siempre exento de enfrentamientos y pugnas internas, Fe y Alegría se definió como **Movimiento de Educación Popular** en momentos en que, si bien iniciaba su cuestionamiento, todavía la Educación Popular miraba con desconfianza y recelo el mundo de la escuela. Fe y Alegría, que había nacido como una respuesta educativa cristiana ante el clamor de la injusticia y consideraba que la ignorancia era la razón principal de la pobreza y dependencia, nunca aceptó que se quisiera reducir la Educación Popular a prácticas educativas no-formales y optó por una Educación Popular en todos sus programas. En este sentido, el XVIII Congreso Internacional reunido en Cali en 1987, dos años después de la promulgación del Ideario, expresaba en sus conclusiones: “Se ve con satisfacción cómo los planteamientos sobre la Educación Popular desde la educación no formal tienen plena aplicabilidad en los procesos educativos escolares ordinarios, superando definitivamente el mito de que la Educación Popular es exclusiva de los procesos no formales y desescolarizados para adultos”.

Por otra parte, frente a la ambigüedad del término popular y sus múltiples significados, Fe y Alegría entiende la Educación Popular no solo por sus destinatarios (los pobres, los marginados, los excluidos...) o por sus modalidades (no formal, informal), sino por su intencionalidad transformadora y la asume como una propuesta educativa alternativa, superadora de las prácticas educativas tradicionales o en boga, que pretende la construcción de una sociedad más democrática y más justa, libre de las estructuras de opresión y dominación.

Fe y Alegría se define como **un Movimiento de Educación Popular**. En estas palabras se resume su identidad y su misión. La Educación Popular es el componente fundamental que la define como Movimiento Educativo; es su propuesta y su reto. Su

identidad exige que todos sus programas y prácticas deben responder a los postulados y exigencias de la Educación Popular y ser evaluados desde allí.

Al definirse como movimiento, Fe y Alegría estaba optando por un proceso de continua transformación. Ser movimiento de Educación Popular implica la permanente desestabilización creativa, la relectura continua de la realidad desde los intereses de los pobres y excluidos, en una actitud de comprobada búsqueda, con grandes dosis de audacia, de inconformidad, de autocrítica sincera y constante, de modo de superar las incoherencias y adecuar las prácticas a las exigencias y retos que plantea la realidad siempre cambiante y el empobrecimiento y exclusión crecientes de las mayorías. De hecho, si echamos un vistazo a las temáticas y propuestas de los Congresos Internacionales a partir de la aprobación del Ideario, y a los programas federativos, es evidente la preocupación y esfuerzos de Fe y Alegría por adecuar con cada vez mayor coherencia sus prácticas educativas a las exigencias de su misión. La insatisfacción creativa que nace al confrontar lo que hace con las urgencias y retos que tiene por delante, es lo que impulsa a Fe y Alegría a no conformarse con los actuales logros e irse renovando permanentemente.

2.4. La Educación Popular de Fe y Alegría como propuesta ética, política, pedagógica, epistemológica y espiritual

Fe y Alegría asume la Educación Popular como una propuesta ética, política, pedagógica, epistemológica y también espiritual para transformar la actual sociedad. Para Fe y Alegría, el punto de partida de la Educación Popular es el convencimiento de que la actual sociedad necesita ser transformada. De ahí que la Educación Popular plantea una opción ética: si no estamos convencidos de la necesidad de transformar la sociedad y cimentarla sobre unos valores radicalmente distintos, no podremos hacer Educación Popular.

La transformación de la sociedad y la opción ética es con y desde los excluidos, los empobrecidos, los marginados. Con ellos y desde ellos, Fe y Alegría lee e interpreta la realidad. Esto es lo que le exige la dimensión epistemológica. Para acercarse a la realidad, y sobre todo para interpretarla correctamente es importante el lugar de donde se mira. Es fundamental colocarse en el lugar adecuado, colocarse del lado de las víctimas, de todos aquellos que sufren las consecuencias de la dominación y las estructuras que causan la injusticia. La fe nos enseña que Dios está siempre del lado de las víctimas y está con todos aquellos que se ponen del lado de las víctimas para hacer avanzar la historia. Ver la realidad desde el lado de las víctimas, pero no para quedarse

en el mero análisis social, sino para comprometerse junto a ellas en su proceso de liberación. Por ello, la pedagogía se dirige a dotarlos de un pensamiento y un conocimiento crítico alternativo, que les confiera el poder para ser sujetos de esa transformación. Es una propuesta pedagógica elaborada desde la praxis de liberación, desde la opción por los pobres, desde la solidaridad con las víctimas, e implica naturalmente solidaridad con su causa y su suerte. Supone un proceso de conversión, una ruptura epistemológica, de pensamiento y vida, lo que implica una entrega solidaria a las causas de las víctimas. Ruptura epistemológica, pues no se conoce lo mismo desde la solidaridad con las víctimas que viviendo al margen de ellas.

En consecuencia, Fe y Alegría opta por una pedagogía y una metodología coherentes con nuestra opción ética y política. Pedagogía para la transformación y no para la adaptación, que parte del saber y de la cultura de los educandos y se orienta, mediante el diálogo de saberes y la negociación cultural, a empoderarlos, es decir, capacitarlos con voz y con poder para hacerlos sujetos de la transformación de sus condiciones de vida y de la sociedad de la exclusión. La miseria y la exclusión están ligadas, en definitiva, a la falta de voz y de poder de los grupos populares. Un pueblo ignorante o superficialmente educado será siempre víctima de liderazgos enfermizos, y vivirá en la espera de mesianismos salvadores y bajo la amenaza de fanatismos que proliferarán en mil formas de intolerancia

Para Fe y Alegría, la raíz fundamental de su propuesta política, pedagógica y epistemológica está en la ética. Porque reconoce que todos los hombres y mujeres, como hijos de un Dios que es Padre común, son únicos e irrepetibles, esencialmente iguales, portadores de valores, con una misión a realizar en la vida, se opone a todas las formas de dominación y discriminación y, en consecuencia, no acepta una sociedad que excluye y niega la vida a las mayorías. Por eso, opta por esas mayorías, cada vez más despojadas de vida y de dignidad, y con ellas, como protagonistas y sujetos históricos, se compromete a transformar la sociedad, a ir transformando sus prácticas y relaciones cotidianas, en un proceso permanente de conversión a los valores de Jesús y su evangelio. Sólo hombres y mujeres nuevos, que se esfuerzan por encarnar en sus vidas y prácticas los valores proclamados, estarán contribuyendo a gestar la nueva sociedad. Sociedad profundamente democrática y participativa, acérrima defensora de los derechos humanos y de la naturaleza. Sociedad que rechaza el autoritarismo, fundamentalismo y populismo, y combate la miseria, la ignorancia y la pobreza como atentados contra la humanidad, como impedimentos esenciales para el ejercicio de la ciudadanía y para un desarrollo humano sustentable.

2.5. Dimensión espiritual de la Educación Popular de Fe y Alegría

Fe y Alegría se considera un movimiento de Educación Popular que camina tras las huellas de Jesús y le acompaña en su propósito de construir el Reino, es decir, una sociedad justa y fraterna, en la que los últimos son los primeros. Por ello, a las dimensiones ética, política, pedagógica y epistemológica de la Educación Popular, Fe y Alegría añade la dimensión espiritual.

Si hoy comprendemos con creciente claridad que espiritualidad significa vivir con espíritu, la espiritualidad ignaciana, espiritualidad de Fe y Alegría, implica vivir con el Espíritu de Jesús. Tres son los rasgos esenciales de la espiritualidad de Jesús que debemos hacer nuestros y en consecuencia proponerlos: una gran intimidad con el Padre que Jesús experimentó como Abba, amor incondicional, ternura infinita. Sólo al sentirse amado plenamente, Jesús se entrega a la misión para la que es elegido. Por ello, la segunda característica de su espiritualidad, o de su vida guiada por el Espíritu, es apasionamiento por el Reino, es decir por una sociedad justa y fraterna; y como tercer elemento compasión eficaz a favor de los más débiles y excluidos, no porque sean mejores, sino porque son los que más lo necesitan y, por ello, tienen un lugar privilegiado en el corazón de Dios, que como las madres prefieren siempre a los hijos más débiles. Es una espiritualidad, en consecuencia, mística o contemplativa, y también espiritualidad política, en el sentido original de la palabra como compromiso por el bien común, por la construcción del Reino, un mundo más justo y fraterno.

Como espiritualidad contemplativa o mística cultiva la vida interior, la oración, la meditación, el discernimiento, la contemplación. La sociedad moderna ha apostado por “lo exterior”, y ha olvidado la interioridad. Todo nos invita a vivir desde fuera. El enorme desarrollo tecnocientífico no se está traduciendo en desarrollo humano. La interioridad es el lugar de las preguntas y los encuentros, de los miedos y las certezas. Pero el hombre exterior no es capaz de formularse estas preguntas: ¿Quién soy yo? ¿Para qué vivo? ¿Cuál es mi misión en la vida? ¿Cómo concibo la felicidad?... Para la inmensa mayoría de las personas, la vida se reduce a una constante, afanosa y astuta fuga de sí mismos. De ahí el clamor cada vez más generalizado de la necesidad de educar la interioridad, la capacidad de estar a solas y en silencio consigo mismo para escuchar las voces de nuestros anhelos más profundos.

Pero esta espiritualidad contemplativa debe ser también una espiritualidad política, comprometida en humanizar el mundo. La espiritualidad se alimenta de un Dios que sólo busca y quiere una humanidad más justa y más feliz, y tiene como centro y tarea construir una vida más humana. Para ello, necesitamos educadores testigos, de

fuerte espiritualidad encarnada, de fidelidad rebelde, capaces de gritar el evangelio con sus vidas y contagiarlo para que los estudiantes se sientan impulsados a una conversión radical de valores y de vida, que les lleve a la plenitud y a la felicidad, como las entendía el Maestro de Vida, Jesús. El testigo comunica su propia experiencia, lo que vive. Irradia y contagia vida, no doctrina. Los alumnos ven en él una persona llena de pasión y de entusiasmo. Se trata, en definitiva, de asumir la educación como tarea humanizadora y evangelizadora, es decir, como invitación a acompañar a Jesús en su misión de cambiar este mundo inhumano para hacer de él una gran comunidad levantada sobre las bases de la justicia, la paz y el amor.

Un Maestro al estilo de Jesús se esfuerza por pensar la educación, las normas, los reglamentos, los programas, la pedagogía, la evaluación... como lo haría Jesús y ver si en verdad están al servicio del crecimiento integral de los educandos y de su compromiso transformador, o más bien están al servicio de los educadores, de la institución, y de las estructuras de dominación. Por ello, ante cada duda o situación problemática se pregunta ¿qué pensaría Jesús y cómo actuaría en esta situación?

Vivir en contacto con el Espíritu de Dios no conduce a una espiritualidad que prescinde de los sentidos, vuelta hacia adentro, enemiga del cuerpo, apartada del mundo, sino a una nueva vitalidad del amor a la vida. La auténtica espiritualidad cristiana es, en consecuencia, una espiritualidad enraizada en la historia, en el cuerpo y en la vida. No huye del mundo, sino que trata de transformarlo. Por ello, educar la espiritualidad tiene que ver con educar el cuerpo espiritual que somos. Educar los ojos, la lengua, los oídos, las manos, los pies, el corazón, lo que queremos expresar cuando hablamos de educación integral, pues no se trata sólo de educar a todos, sino de educar a toda la persona. Por lo tanto, una espiritualidad que nos pone en contacto con el Espíritu de Dios es una espiritualidad de ojos profundos y contemplativos, capaces de ver con misericordia los rostros dolientes de los hermanos; espiritualidad de manos parteras de la vida, siempre tendidas al necesitado; de pies solidarios, capaces de “hacerse prójimo” del golpeado y herido; de oídos abiertos, atentos a los gritos de dolor y los cantos de gozo de nuestro mundo; de boca profética que denuncia y anuncia que el Reino ya está entre nosotros, aunque no en su plenitud, y permite sentir y gustar el sabor de la presencia de Dios en medio de nosotros; de entrañas de misericordia preñadas de vida; de corazón apasionado, latiendo en cada aliento de vida. Una espiritualidad de cuerpo sexuado, que se hace encuentro no discriminatorio, que se hace piel cuyos límites abarcan no sólo las pequeñas fronteras del yo, sino el mundo entero y el cosmos que reconoce como cuerpo de Dios.

3. PARA UN DIÁLOGO FRUCTÍFERO Y ENRIQUECEDOR ENTRE LA PEDAGOGÍA IGNACIANA Y LA EDUCACIÓN POPULAR: ÉNFASIS, COINCIDENCIAS Y POSIBLES DIFERENCIAS

Posiblemente, la creciente y sostenida penetración de la Pedagogía Ignaciana en Fe y Alegría ha aportado un significativo y muy necesario impulso para incorporar la dimensión espiritual a su propuesta de Educación Popular. Resulta significativo recordar que ya el P. Kolvenbach había afirmado que el aporte principal de Fe y Alegría a la Educación Popular era su dimensión espiritual.

Por ello, hoy resulta evidente que tanto Fe y Alegría como los colegios e instituciones propios de la Compañía se reconocen hermanados en asumir la espiritualidad ignaciana, que nos invita a acompañar a Jesús en la construcción del Reino, y en consecuencia, coinciden, al menos teóricamente, en el objetivo de formar “hombres y mujeres para los demás, con los demás”, que no soportan las estructuras de injusticia y dominación y tratan de transformarlas.

Sin embargo, creo conveniente señalar muy brevemente algunas diferencias significativas, que bien analizadas y reflexionadas, pueden enriquecer nuestras prácticas y objetivos que nos permitan avanzar en una mayor coherencia entre nuestros deseos y declaraciones y nuestras acciones. Por supuesto, un estudio más profundo, de ambas propuestas, nos pueden aclarar otros puntos de coincidencia y de diferencias significativas.

Posiblemente, los énfasis de los cuatro últimos Padres Generales, que hemos descrito muy brevemente, en su empeño de mantener viva la orden del Decreto 4 de la 32 Congregación General “Defensa de la Fe y Promoción de la Justicia”, nos ofrecen pistas muy significativas para un mayor acercamiento y articulación. Hasta me atrevería a afirmar que los Padres Generales van por delante de los documentos institucionales. Para subrayar esta idea, quiero citar tan sólo las palabras del actual Padre General, Arturo Sosa en su presentación de las Prioridades Apostólicas:

“El camino que queremos hacer junto a los pobres es el promover la justicia social y el cambio de las estructuras económicas, políticas y sociales, generadoras de injusticia, como dimensión necesaria de la reconciliación de los seres humanos, los pueblos y sus culturas entre sí, con la naturaleza y con Dios... A través de la formación ciudadana, sobre todo entre quienes están a la base de la pirámide social, queremos contribuir a fortalecer la democracia política. Con la promoción de organizaciones sociales comprometidas en la búsqueda del Bien Común, queremos ayudar a contrarrestar las nefastas consecuencias de las diversas

formas de “neoliberalismo”, del fundamentalismo y del populismo...Acompañar a los empobrecidos nos obliga a mejorar nuestros estudios, análisis y reflexión para comprender en profundidad los procesos económicos, políticos y sociales que generan tanta injusticia, y contribuir a la generación de modelos alternativos”.

3.1. Opción preferencial por los pobres versus opción absoluta

Creo que en lo que llevamos dicho, ha quedado claro que la Pedagogía Ignaciana propone una opción preferencial por los pobres cuando esa opción es absoluta para Fe y Alegría. En los colegios de la Compañía caben todos, pues todos necesitan ser evangelizados y Jesús no excluye a nadie. En cambio, Fe y Alegría opta decididamente por los pobres, los excluidos, los marginados, como Jesús optó por ellos. Es verdad que, para ser coherentes con la opción preferencial de los pobres, se insiste en que los colegios de la Compañía deben estar abiertos a todos, que a nadie se le debe impedir entrar por motivos económicos, pero terminan reconociendo que no va a ser fácil generalizar esta propuesta debido a la disminución del número de jesuitas en los colegios y los crecientes costos de la educación privada. También es cierto que, para realizar esta opción por los pobres, se afirma que la formación que deben recibir todos los alumnos, sin importar su condición social, debe llevarles a trabajar con fuerza por la justicia económica y social y combatir las estructuras que causan la pobreza y la dominación.

Ellos mismos reconocen las dificultades de asumir en serio esto pues la dimensión epistemológica, tan presente en Fe y Alegría y tan ausente en la Pedagogía Ignaciana, nos enseña que no se ve la misma realidad desde las víctimas para comprometerse con ellas en su transformación que viviendo al margen de ellas, y que no es lo mismo sufrir la pobreza y la marginalidad que conocerla teóricamente o con algunas visitas a su mundo. También es cierto que la realidad condiciona el pensamiento, y que, por lo general, uno termina pensando como las personas con las que vive.

En este mismo punto de la inclusión, otra diferencia es que los colegios de la Compañía proclaman abiertamente que son católicos, pero Fe y Alegría está abierta a otras religiones como es el caso en países africanos, como Chad, cuyos alumnos son en su mayoría musulmanes y Fe y Alegría no se propone convertirlos al catolicismo.

También es significativo subrayar que la opción por los pobres y excluidos lanza a Fe y Alegría a una defensa decidida de la Educación Pública, que es a la que acceden las mayorías pobres, y se opone con firmeza a las políticas que quieren convertir a la

educación en una mercancía, a la que sólo pueden acceder los que pueden pagarla, y no en un derecho esencial, básico para un desarrollo humano integral.

3.2. Énfasis y ausencia de la dimensión política y opción por la pedagogía crítica

La Pedagogía Ignaciana no nombra para nada la dimensión política de la educación, dimensión distintiva y esencial de la Educación Popular, que afirma sin titubeos que su objetivo principal es transformar las estructuras injustas, mediante una pedagogía crítica que empodere al pueblo marginado para que se constituya en agente de su transformación personal y social. Esto supone la organización popular y el trabajo comunitario, dimensión no explicitada en la Pedagogía Ignaciana. Implica también un énfasis en la promoción social, para que los educandos mediante la educación puedan acceder a niveles de vida más digna e insertarse eficazmente en el mundo del trabajo y de la producción, también con intenciones humanizadoras. De ahí su insistencia en desarrollar la dimensión tecnológica, la producción y el emprendimiento

Pienso que este es el aspecto que más diferencia la Pedagogía Ignaciana y la Educación Popular. Es cierto, y como espero que haya quedado claro, en la Educación Popular de Fe y Alegría, asumimos la dimensión política desde la ética, es decir, haciendo nuestros los valores de Jesús, lo que supone rechazo a buscar la transformación política y social con métodos violentos y prácticas violatorias de los derechos humanos. Espero que también haya quedado claro la opción por las pedagogías críticas que ayuden a leer objetivamente la realidad y capaciten a los educandos para transformarla. Educar es enseñar a pensar con libertad y a ser fieles a la propia conciencia; es enseñar a argumentar, a defender las propias ideas con fuerza y a respetar las de los demás, sin ofender al que piensa diferente, siempre que respete los derechos humanos. Resulta también significativo que la Educación Popular promueva la sistematización como instrumento de formación y de conocimiento de la realidad, aspecto que no menciona la Pedagogía Ignaciana.

3.3. Contexto escolar y contexto social

Cuando la Pedagogía Ignaciana habla de contexto se está refiriendo sobre todo al contexto escolar, es decir a la necesidad de conocer al alumno, su cultura, su ambiente, su mundo, con miras a guiarlo hacia su crecimiento integral, lo que tiene que ver con la cura personalis. Busca sobre todo una relación estrecha y muy respetuosa entre profesor y alumno. En cambio, cuando en Educación Popular se habla de partir del

contexto, no se limita al mundo personal del alumno y de sus relaciones y mundo cultural, sino que se abre al conocimiento de la realidad política, social, educativa y cultural de la sociedad en la que vivimos, pues sólo si se conoce bien y se parte de ella, será posible transformarla, que como venimos insistiendo es el objetivo esencial e irrenunciable de la Educación Popular.

Esta reducción del contexto condiciona también los otros pasos del PPI, experiencia, reflexión y acción, que si bien son importantes para una relación estrecha entre profesor y alumno y para superar la educación transmisiva con miras a promover una acción humanizadora, resultan insuficientes para promover una reflexión profunda que lleve a una transformación personal y social que convierta al educando en actor y autor de su historia y de la historia, y de un mundo justo, humano y fraternal.

Me parece sin embargo muy valiosos los pasos del Paradigma para el logro de una educación personalizada, reflexiva y crítica, que puede ayudar mucho a la Educación Popular de Fe y Alegría a gestar en el aula relaciones más horizontales y a superar prácticas autoritarias muy enquistadas todavía. También me parece muy pertinente la propuesta de convertir a los centros educativos en lugares de acogida, donde todos se sientan protegidos, respetados y valorados, y se le brinde a cada estudiante la ayuda que necesita para su crecimiento integral.

En conclusión, me parece necesario que reflexionemos colectivamente y sin prejuicios estos aspectos que he abordado superficialmente y otros muchos que sin duda surgirán del intercambio reflexivo. Pienso que ambas propuestas, nacidas de una espiritualidad común, y que nos exigen a toda una conversión permanente, pueden enriquecernos y aportar pistas para una coherencia siempre mayor y más evangélica entre nuestras intenciones y proclamas con las prácticas y modos de proceder.